



mo, y el cual fué adoptado por la Iglesia como universal en la sociedad del mundo, en que todo debía ser uno. Así, pues, fué llevado más allá de los confines adonde nunca había llegado con las águilas romanas, por el sublime pensamiento de hermanar así también á las naciones, siendo esto de tal manera exacto, que los límites de la civilización son aquellos en donde se comprende el latín.

Pero no ascendió á esta superioridad de pronto; y en su fondo, procedente de la India por la Tracia, se mezclaron los dialectos de las diferentes colonias que emigraron á Italia, y de las naciones sometidas ó asociadas. Grave y aristocrática esta lengua, retrataba á aquella sociedad, como la inspirada de Judea, la sacerdotal de la India y la popular de Grecia, pintaban las suyas respectivas. En otra parte hemos presentado sus monumentos más antiguos, de los cuales resulta que al principio, escribiéndose muy poco, fué vaga é incierta; de manera que los monumentos difieren tanto entre sí, que sin examinar las existencias exteriores, no se puede determinar su época. Así es que el epitafio de Lucio Escipion parece más antiguo que el de su padre Barbato.

Parece que el primer modo de escribir de los latinos fué el que llaman *bustrofedon*, por el cual, al llegar al fin de una línea de izquierda á derecha, se toma la siguiente de derecha á izquierda, á la manera que el labrador al hacer los surcos. De esta costumbre se deducen las voces de *versus* línea, *arare*, *esarare*, *sulcare*, equivalentes á escribir.

El alfabeto era incompleto, faltándole la R, á la que suplía la D, como á la G la C, á la X la misma C ó la CS, la cual también hacia las veces de la Z. Los latinos tomaron de los eolios el digamma, además de muchísimas voces, y de él formaron la F; la Y y la Z no se introdujeron hasta la época de Augusto, y la J y la K se usaron para nombres extranjeros. Las tres letras nuevas que el emperador Claudio introdujo, no duraron más que el tiempo de su imperio. Un progreso notable del alfabeto latino es el haber indicado las letras, no con denominación especial, sino con el sonido puro de cada una; y mientras el griego dice *alpha*, *beta*, *gamma*, el

hebreo *alef*, *bet*, *ghimel*, *dalet*, el eslavo *as*, *buki*, *viedi*, *glacol*, *dobra*, *ist*; el romano dice *a*, *be*, *ce*. Falta, por lo demás, poniendo sin razón la vocal ya antes, ya después de la articulación, y diciendo *ef*, *er*, *el*, en lugar de *fe*, *re*, *le*: es también caprichosa su distribución, porque no se deduce ni de los órganos, ni de su naturaleza propia.

La fuerza de las armas y la extensión del cristianismo hicieron este alfabeto casi universal en Europa, acomodándolo cada pueblo á los nuevos idiomas: en él se nos ha conservado lo poco que queda de los idiomas célticos. Ufilo lo redujo con algunos cambios para el gótico, de donde provino el alemán actual; y hasta muchos pueblos eslavos lo arreglaron á los sonidos de su idioma mientras que otros se sirvieron del griego.

La lengua romana había adquirido regla y delicadeza mediante la literatura extranjera, ó hablando con más precisión, la griega, siendo ronca é inculta en los versos salarios, breve y marcial en Ennio, puliéndose y fijándose en la época que medió desde éste hasta Cicerón. Los primeros escritores vacilan todavía en el uso de ciertas letras, poniendo unas por otras, suprimiendo á veces alguna vocal en medio ó al fin de la palabra, y especialmente la S y la M, y hasta sílabas enteras, mientras que en ocasiones las alargan añadiendo letras y sílabas.

Muchas voces ofenden en aquellos primeros escritores, abandonados por los clásicos, y hay otras muchas á las cuales atribuyeron éstos diverso significado y diversa terminación; y aun cuando no se abstuvieron de recurrir á términos griegos, los antiguos abusaron de tal costumbre, como se sirvieron de composiciones, que parecieron monstruosas á los contemporáneos de Augusto.

De la misma manera que las declinaciones, eran también indeterminados los géneros; siendo más libre la formación de los adjetivos, declinados frecuentemente, y alguna vez hasta entendidos de un modo diverso del que se usó después. Muchos versos, usados en aquellos antiguos escritos, no fueron ya tolerados por el uso, árbitro supremo del lenguaje, ó se usa-

CAPÍTULO XXIII

Lengua latina.

El hecho más importante en Occidente en las artes de la palabra es el cambio del idioma latino, único que se usaba todavía en los escritos, pero que se preparaba á dejar el sitio á los nuevos. Y como la lengua es el espejo fiel del genio de los pueblos, la expresión de su carácter y la revelación de su vida íntima, no podemos menos de hablar de ella con extensión.

Era propio del patriotismo antiguo amar el idioma de la patria con exclusión de todos los demás. Temístocles hizo condenar á muerte al intérprete que había ido con los embajadores de Persia, por haber profanado el griego, exponiendo en este idioma la intimación del fuego y de la tierra. Se prohibió á los cartagineses estudiar el griego: los magistrados romanos hablaban en latín hasta con los griegos, y sólo en aquel idioma se podían dar los edictos por el pretor. Una de las servidumbres que imponía Roma á los vencidos, era la obligación de hablar latín. El emperador Claudio privó del derecho de ciudadano á un natural de Licia, el cual no supo contestarle en latín. S. Gregorio Taumaturgo dice que casi había olvidado el griego, porque las leyes romanas estaban escritas en una lengua terrible, soberbia, imperiosa, difícil para él y bárbara para los grie-

gos. Molon, maestro de Tulio, fué el primero que obtuvo licencia de hablar en griego en el Senado, lo cual se hizo después común; pero se disputaba ante la grave asamblea si se había de aventurar ó no tal vocablo de etimología griega, y el emperador Tiberio prefería recurrir á una circunlocución, más bien que decir *monopolio*.

De esto resultó á los antiguos idiomas aquel carácter más propio, que no se altera en las derivaciones y en los compuestos, y que en los modernos desaparece, formados, como están, de fragmentos diversos, y en los cuales, siendo más popular la literatura, es ménos exquisita la forma. La lengua latina, hermana de la frigia, de la etrusca y de la griega, más semejante á su madre india que esta última, y conservando de ella más términos que la griega, la cual en cambio es más variada en las desinencias, tiene como principal carácter la *majestad*, nombre que hasta desconocen las anteriores; idioma á propósito como ninguno para expresar la autoridad, de manera que en él se escribieron la legislación más insigne y los cánones del nuevo imperio incruento; idioma de la civilización, que se fundió con todos los de los bárbaros para redimirlos del materialis-

ron en otro sentido, ó bajo formas y cadencias que despues se perdieron cuando quedó fijada la conjugacion. No habia menor diferencia en los adverbios, en las preposiciones y en las frases que de ellas se formaban.

Pueden encontrarse huellas de estos modismos en algunos de los mejores escritores, especialmente en Cátulo y Salustio, que afectan el arcaismo. La lengua latina, fomentada por el patriotismo y por la libertad, robustecida por las luchas exteriores é interiores, habiendo adquirido una concision poderosa por el sentimiento de la dignidad nacional, enriquecida con los despojos de las demas, perfeccionada por tantos escritores, reducida á la nobleza de las formas, á la plenitud del sentido y á la elegancia digna de un pueblo rey, parecia que debia conservar por largo espacio la excelencia á que habia llegado en los últimos tiempos de la república. Y sin embargo, Ciceron, que atribuia á la época de Escipion y de Lelio la mayor prosperidad del idioma, ya en su tiempo notaba su decadencia. Su esterilidad radical no le permitia enriquecerse á la manera que el idioma griego; estaba desprovisto de la parte metafísica y trascendental; rechazaba la popular; y cuando se le cerró la tribuna, que era su campo, se refugió en la córte, bajo la dependencia del capricho de los Césares, y obligado á consolidar el envilecimiento con doctrinas oficiales.

Entónces principió la adulacion á introducir palabras inauditas á la antigua sencillez, y no bastando los títulos de *coelestis* y *divinus*, hasta se quiso decir *caelestissimus*, y *sacra* se llamaron las ocupaciones del príncipe, y *majestas* su persona, ante la cual trató el hombre de aniquilarse, no hablando ya de sí, sino de su *parvitas*, *mediocritas*, *sedulitas*. Estos nombres abstractos, sustituidos al adjetivo concreto, son un carácter de decadencia que ponemos entre los primeros, porque lo vemos hoy extenderse cada dia más en los escritos italianos á imitacion de los franceses.

Conviene callar las voces con que la licencia designó nuevos refinamientos de obscenidad; pero en cambio se introdujeron con profusion los modismos griegos; familiarizáronse

con la prosa metáforas enteramente poéticas, y por una parte se afectó el arcaismo, miéntras que por otra se formaban voces nuevas, ó se les daba terminacion diferente, ó sentido contrario, ó se alteraba la construccion, aun en los casos en que esta alteracion no estaba justificada por la necesidad de expresar ideas nuevas, ó por la de hablar con precision filosófica.

Como era de esperar, se trastornó todo cuando entraron en el imperio tantos extranjeros, y eran ciudadanos de Roma los bárbaros de todo el orbe conocido; de manera que podian pretender con igual derecho que fuesen aceptadas las voces nativas las pocas veces que hablaban al pueblo ó en el Senado. Cuando ascendian á los grados supremos y hasta á la silla imperial capitanes extranjeros al Lacio y á la Italia, ¿habrian osado pretender de ellos los gramáticos que usasen ó protegiesen la pureza del lenguaje?

Presentóse entónces la edad que llamaron de hierro, á diferencia de las de plata, de oro y de cobre, y poseemos de ella un triste monumento en los escritores de entónces. La adulacion, siempre creciente, inventó calificaciones enfáticas para lisonjear á los *fortissimi*, *felicissimi*, *incliti providentissimi* y *victoriossimi* monarcas, y á la serie de *illustri*, *magnifici* y *serenissimi* condes, patricios, maestros y otros. Los mismos emperadores, conforme decaian en grandeza y poder, se apuntalaban con títulos ampulosos, hablando en nombre de su *serenitas*, *tranquillitas*, *lenitudo*, *clementia*, *pictas*, *mansuetudo*, *magnificentia*, *sublimitas*, y hasta *aternitas*, como hizo Constancio.

Se recurrió al griego, no sólo por los hombres científicos, sino tambien en los oficios civiles y de la vida, especialmente despues de la traslacion del imperio, y los mismos escritores que huian de lo rancio, no sabian conservarse libres de tantas novedades de palabras, de compuestos, de desinencias, de significados; ni de tantos adjetivos nuevamente introducidos, ó disminuidos, ó alterados de un modo nuevo, ó á los cuales se daba diferente significacion; ni acertaban á esquivar el régimen

inusitado de los verbos y otros solecismos, contra los cuales no tenian ya por salvaguardia la fuerza del idioma corriente.

Todo esto se refiere sin embargo únicamente á la lengua escrita, diferente en parte de la que se usaba en la culta sociedad, y enteramente de la plebeya. Basta, si no me engaño, para probar que es verdadera la primera asercion, el comparar á Tito Livio y á Ciceron con los cómicos, los cuales naturalmente debian poner en boca de los actores el idioma hablado, y con César (el único prosista indigena de Roma), que sin arte expone sus *Comentarios* en el lenguaje que usaba desde la infancia. Ahora bien, en sus escritos, y lo mismo en las epístolas de Ciceron y de sus amigos, se encuentra uno léjos de los períodos embrollados y de las trasposiciones forzadas que alguno considera indispensables en el buen latin. ¿Quién sabe si la *patavinidad* de que Polion acusaba á Tito Livio seria precisamente aquella dificultad que todavia en las lenguas vivas vemos que establece una indefinible diferencia entre aquel que las habla desde su infancia y el que las adquiere por estudio? Y si bien nuestros oidos no educados ninguna otra cosa advierten en el gran historiador, nos hallamos sin embargo en aptitud de comprender que difiere de los escritores verdaderamente romanos.

La existencia de una lengua rústica, aun cuando no fuese una cosa natural, nos la afirma Plauto, el cual diferencia la *nobilis* de la *plebeja*. La diferencia entre la civil y la del campo, se indicó dando á la primera el nombre de *urbana* ó *classica*, esto es, propia de las primeras clases, y la otra, el de *vulgaris* ó *rústica*, á la cual llaman Quintiliano *quotidiana*; Vegecio, *pedestris*, y Sidonio, *usualis*, quejándose el mismo Quintiliano de que en *teatros enteros y en el circo pleno se oigan con frecuencia resonar voces más bien bárbaras que romanas*. De aquí provino la necesidad de dar maestros de latin á los niños. Alguna vezaque el latin rústico trascendia en los escritos; por lo cual Cecilio tuvo que advertir cien géneros de solecismos que convenia que evitase el que quisiera escribir con correccion: se decia de

Curion que hablaba el latin *no pésimamente*, guiado sólo por el uso familiar, y á pesar de carecer completamente de instruccion. Ciceron quiere que el orador hable latinamente, y dice que ha de aprender á hacerlo con las letras y con la enseñanza entre los niños: Marcial cita ciertas palabras del campo que excitan la risa del lector delicado: se censuró á Virgilio usar voces de aldea: Gelio advierte que no proceden los que se llaman barbarismos de los bárbaros, sino de locuciones del vulgo, y San Agustin cita algunos modismos vulgares y poco latinos.

Incurriria en demasiado error el que creyera que los romanos habian extinguido enteramente los idiomas en los países conquistados. Ciceron advertia á Bruto que en las Galias, adonde iba destinado como procónsul, oiria palabras poco corrientes en Roma (*parum trita*); y la historia recuerda que en los últimos años de la república facilitó la fuga de Décimo Bruto por Bolonia hácia Aquilea la circunstancia de saber el dialecto de aquellos países. En idioma osco se cantaban todavia las *Atelanas*, y el pueblo se deleitaba en oirlas; y Pompeyo Festo se quejaba de que no se supiese ya el latin en aquel Lacio, del cual habia tomado el nombre. Advierte Quintiliano que no se debe decir en latin elegante *due*, *tre*, *cinque*, *quattordice*. Y pienso que nuestros dialectos, tan diferentes entre sí, manifiestan una diferencia muy antigua de idioma entre los italianos, independiente de la invasion de los bárbaros, los cuales influyeron en esta parte acaso ménos de los que algunos presumen. Los godos dominaron largo tiempo en España, y sin embargo no se encuentra un vocablo gótico en aquel idioma; Venecia no fué invadida por ningun bárbaro, Verona lo fué por todos, y sin embargo sus dialectos se aproximan bastante más que el verones al antiguo bresciano. Me afirmo en esta opinion cuando veo cuán poco contribuye á las variedades la gran distancia, porque la cresta de un collado ó el curso de un rio lo llevan á uno de repente desde el dialecto milanés al bergamasco, y del toscano al boloñés.

¿Cuánto más debian subsistir los antiguos